

Materialismo e inmortalidad en el pensamiento de García Bacca

En este breve ensayo abordaré la relación entre dos conceptos que parecen oponerse de forma paradójica, y que el pensamiento de García Bacca se esfuerza en conectar de un modo radical, con interesantes consecuencias. Los conceptos «materialismo» e «inmortalidad», constituyen una privilegiada perspectiva desde la que puede analizarse el conjunto de la obra del filósofo: ello es una muestra del valor que esos conceptos tienen para García Bacca. Pero más importante, aún, será analizar su conexión, pues ambos conceptos para ser caras distintas de una misma moneda. Veremos cómo el estudio de esta conexión revelará no sólo aspectos importantes del pensamiento de nuestro autor, sino la dirección de uno de los movimientos más importantes de su pensamiento: como puede suponerse, ello equivale a considerar ese pensamiento desde su misma constitución interna.

Pero antes de abordar el tratamiento que García Bacca realiza de los conceptos «materialismo» e «inmortalidad», es necesario tener en cuenta la peculiaridad de las descripciones y análisis de García Bacca, que no parecen concordar con las discusiones al uso en la filosofía contemporánea. Nuestro autor no es proclive a admitir modas propias de gremios intelectuales; por el contrario, sus análisis revisten niveles de acusada originalidad que hace difícil su lectura y puede producir un verdadero rechazo de su forma argumentativa. No es excepción a esta regla su consideración de los conceptos de materialismo e inmortalidad. La peculiaridad a que venimos haciendo referencia no permite encuadrar muchas de las hipótesis de García Bacca no permite encontrar con facilidad referencias externas en discusiones paralelas de la filosofía contemporánea, y obliga a buscar referentes internos en las propias obras del autor. Parte de esta originalidad parece fundarse en una obsesión repetidamente confesada por García Bacca que, en propia confesión, sólo pretende con sus escritos «ayudar a pensar y nunca enseñar a creer»¹. Y para ayudar a pensar, pocos remedios resultan más válidos que el de situar al lector frente al peso de los problemas desnudos de toda moda o interpretación de escuela.

1 *Invitación a Filosofar*. I (México, 1940): p. XX; *Metafísica natural estabilizada* (México, 1963); *Transfinitud e inmortalidad* (Caracas, 1984): p. 100.

Con el estudio de la relación entre los conceptos de «materialismo» e «inmortalidad» pretendo también analizar no sólo uno de las direcciones esenciales de la obra de García Bacca, sino también uno de los temas más presentes en los últimos escritos del filósofo². Aunque el mismo García Bacca niega repetidamente a su pensamiento el carácter de sistema, es evidente que muchas de sus ideas esenciales pueden seguirse de modo claro, pues presentan una continuada evolución. En esta evolución van completándose en forma articulada lo que épocas o escritos anteriores presentaban como meras sugerencias. La reivindicación del materialismo y la exigencia fundamentada de un pensamiento sobre la inmortalidad franquea, en los últimos escritos de nuestro autor, el umbral de la sugerencia para adquirir el planteamiento de fundadas hipótesis, continuamente renovadas³.

Para poder presentar con coherencia el análisis de los conceptos mencionados, plantearé mi artículo, de forma dinámica, en una serie de etapas. En primer lugar, analizaré los rasgos conceptuales con que reviste García Bacca su concepto de materialismo. En segundo lugar, presentaré el concepto de transfinitud y, sobre todo, el de «dirección transfinita» como presupuesto indispensable para que puedan alcanzarse niveles más radicales de materialismo. El estudio de las concreciones antropológicas de los niveles de transfinitud, que dan lugar a diferentes concepciones del sujeto humano, constituye el tercer momento del estudio. Y, finalmente, mostraré que la inmortalidad que García Bacca considera real, sólo puede alcanzarse desde el nivel de un materialismo asumido radicalmente y con elevados niveles de compromiso conceptual. Todos ellos son momentos de un verdadero «ciclo especulativo»: el círculo que comienza con el pensamiento de la materia y termina únicamente con la exigencia de la inmortalidad; un círculo que —expresándonos con términos hegelianos— tiene como mediación fundamental la «posición» de un sujeto humano atravesado de transfinitud.

2 En este artículo tomaré en consideración las obras recientemente publicadas por García Bacca y, en especial: *Infinito, Finito, Transfinito*. Barcelona: Anthropos, 1984; *Tres ejercicios literario-filosóficos de antropología*. Barcelona: Anthropos, 1984; *Transfinitud e inmortalidad*, Caracas: Josefina Bigott, 1984. Para referencias a aspectos globales de la obra de García Bacca, doy por supuesto cuanto analicé en mi estudio; *El proyecto filosófico de Juan David García Bacca*. Barcelona: Anthropos, 1984.

3 Puede ser interesante recordar que uno de los autores que García Bacca cita con más frecuencia a lo largo de su obra, A.N. Whitehead, se encontraba también comprometido, en sus últimos escritos, con el pensamiento de la inmortalidad objetiva. Cf. EMMET, Dorothy M.: «A.N. Whitehead: The Last Phase». In: *Mind*, 57 (1948): pp. 265-274.

1. LA REIVINDICACIÓN DE LA MATERIA: DE «CUERPO» A «SOMA»

La presencia de una opción materialista en el pensamiento de García Bacca es una constante que puede seguirse a lo largo de toda su obra, con una acentuada presencia en sus últimos secretos. Una opción que se concreta en la reivindicación del valor de la materia y de la realidad material física como base única y absoluta de la que debe partir toda reflexión y en la que, a su vez, parece sumergirse todo proceso de transformación radical exigido por nuestro autor.

Sin embargo, la opción materialista de García Bacca no se ajusta a casi ninguna de las descripciones actuales sobre el tema, lo que hace difícil elaborar una descripción en términos de las discusiones actuales sobre el tema. Como muchas veces se ha afirmado, la originalidad de los planteamientos de García Bacca y su apartamiento de muchas de las discusiones presentes en determinadas escuelas filosóficas, parece ser consecuencia de quien asume influencias de modo dinámico⁴ y de quien pretende pensar lo real sin intermediario alguno de credo o escuela filosófica⁵. Analizar lo real y mantenerse en ese análisis sin intermediario alguno supone realizar la tarea conceptual en absoluta soledad, con cuanto ello implica. Semejante soledad radical es un rasgo importante de todo el pensamiento de García Bacca. Y es ella la que contribuye a la apariencia de que su pensamiento y su obra se eleve como libre de antecedentes y a que apenas tenga en cuenta estudios realizados por otros filósofos. Este es un rasgo que debe tenerse en cuenta cuando se trata del análisis de un concepto que, como es el de «materialismo», ha sido protagonista de una constante discusión en la historia del pensamiento occidental.

El materialismo de García Bacca consiste, fundamentalmente, en la radical *reivindicación de la existencia de una realidad material* que es la única «realidad de verdad»⁶ o base ontológica fundamental de lo existente y que presenta la estructura que le otorga la actual investigación de la física cuántica y de las aplicaciones técnicas de la ciencia contemporánea. Así pues, son componentes esenciales del materialismo de nuestro autor las siguientes afirmaciones: 1) existe una realidad básica, de tipo material; 3) semejante realidad es el verdadero fundamento de otras realidades, que encuentran en ella su refe-

4 *Curso Sistemático de Filosofía Actual* (Caracas, 1969), p. 368. Puede ser interesante comparar el tono de cuanto García Bacca afirma en su «Autobiografía Intelectual» (*Boletín Anthropos*, 9 (1982): pp. 4-10) acerca de las influencias de su pensamiento con cuanto afirmaba un filósofo que García Bacca conoce bien como es George Santayana respecto a las influencias por él vividas como «ambientes» reactivos y no sólo como influjos puntuales.

5 Cf.: *Ensayos* (Barcelona, 1970): p. 42. *Transfinitud e inmortalidad*: p. 66.

6 La referencia a la «realidad de verdad» como base ontológica de todo lo existente es constante en todo el pensamiento de García Bacca. Cf.: *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*: pp. 264-277.

rencia real y única; 3) como fundamento que es, esta realidad es también punto de disolución de otros tipos de realidad que no puedan ser últimamente reducibles a la realidad material básica; 4) esta realidad material tiene los rasgos que le descubre —en un peculiar movimiento de descubrimiento, como veremos— la física que nos es contemporánea y que la técnica se encarga de revelar e imponer de modo radical.

En la anterior descripción conviene retener una serie de aspectos importantes como son: la radicalidad de la afirmación de una única realidad de tipo material, base de otras realidades y existencias, que se convierten en «modulaciones» de la misma; un movimiento, también radical, dominado por la dirección hacia la integración en esa realidad material, lo que supone la implantación de un elevado rango de dinamismo en todo lo real, que y de una exigencia necesaria de dirección —que es un verdadero tema obsesivo en las últimas obras de García Bacca—; finalmente, la descripción de esta realidad material tal como lo hace la física cuántica, y otras ciencias al nivel de la misma, y la cumple la técnica contemporánea.

Estos tres ingredientes: realidad básica de tipo material, dirección hacia esa realidad básica, descripción científica —confirmada por la técnica— de esa realidad según los niveles de explicación de la física cuántica, son elementos fundamentales de la reivindicación materialista de García Bacca. Son tres pilares sobre los que se fundamenta el problema que nuestro autor pretende abordar y pensar en solitario, sin intermedios: ¿Qué consecuencias se derivan de la admisión de esta realidad material que es, al mismo tiempo, límite de reflexión y ámbito de constitución de nuevos problemas? Una de estas consecuencias —y no la menor— será la consecuente reivindicación de un radical materialismo que es el único que puede fundamentar el pensamiento de la inmortalidad.

Una de las caracterizaciones que García Bacca hace de su materialismo es por él expresada mediante el calificativo de «*realismo real e integérrimo*»⁷. Se trata de una concesión de terminologías al uso y también una orientación para entender la radicalidad de cuanto pretende plantear. Semejante calificativo equivale a situar a nuestro autor en la línea de un realismo radical, que admite connotaciones ontológicas y epistemológicas, y que debe precisarse ampliamente, pues cuenta tras sí con el respaldo de una larga tradición de precisiones

⁷ *Tres ejercicios de antropología*, p. 191. Como preámbulo a su confusión de realismo, nuestro autor no duda en afirmar: «...para que una impresión, y lo real dado en ella, sea «real de verdad» es preciso que, además de ser real «a su manera», lo sea con «cuenta», es decir: que su pertenencia al universo actual espacio-temporal-masivo se pueda medir, y ha de poderse medir en gramos o ergios. Real de verdad es algo que lo es «a su manera «-y-» «en su cuenta» en gramos o ergios —en masa o energía...», (*Ibid.*, p. 188).

que han de ser asumidas. Sin embargo, García Bacca no se preocupa más que de señalar la dirección que quiere imprimir a su propia reflexión: la dirección de un compromiso realista que solamente justifica adecuadamente un materialismo críticamente asumido. Será pues, desde la perspectiva de un radical realismo crítico, desde donde García Bacca reivindica la materia como única base posible desde la que plantear los límites de todo pensamiento y de toda acción.

Al mismo tiempo que nuestro autor realiza esta confesión de realismo, advierte también de los riesgos que amenazan a quien se atreva a pensar —a solas— la realidad material como única base posible de todo cuanto pensamos real. Las conclusiones a que puede llegar quien se arriesgue a tal modo de pensar no se encuentran lejos de la ficción misma⁸. Quien piense de modo consecuente con un realismo materialista, debe soportar tal tensión de novedad que ésta puede llegar a resultar inaceptable y a bordear los rasgos de la ficción. Para García Bacca, el compromiso materialista se convierte en uno de los pocos caminos posibles para poder pensar y actuar de un modo radicalmente nuevo y hacer que cuanto sólo parece ficción sea la realidad misma. No parece ser otra la exigencia de toda verdadera ficción, inventada tantas veces para ser tratada como realidad y convertida en real. Todo ello supone recordar que situarse en una perspectiva materialista equivale a abordar aspectos esenciales de la estructura de toda ficción y de toda utopía, a descubrir que sólo pueden ser tales en cuanto ficción y utopía son formas «tensionales» de la realidad misma. El mismo García Bacca amplía, en sus últimas obras, referencias a quienes han hecho de la ficción, la utopía, la poesía, la música, que las ficciones sean tal en cuanto muestran aspectos tensionales de la misma realidad.

Y el problema de la inmortalidad pertenece, de lleno, al ámbito peligroso de la ficción en cuanto revela tensión no resuelta todavía de la realidad misma.

La reivindicación de la realidad material realizada por García Bacca debe entenderse en conexión con su interés por encontrar una base ontológica rigurosa, que se constituya en «realidad de verdad» de la realidad no fundamentada en sí misma⁹. Se trata de un deseo que va más allá de la exigencia de encontrar un fundamento de la apariencia sensible, sino de encontrar fundamento a lo que ordinariamente aparece como real. García Bacca opta claramente: el fundamento de cuanto puede caracterizarse como realidad se

8 «Tal vez al hombre natural o a lo que de natural nos queda aún a los actuales, le parezca lo que de ellos «transfinitados» se diga a continuación ser algo así cual «science fiction»: cual ficción científica, más rigurosamente dicho: ficción filosófica y teológica» (*transfinitud e inmortalidad*, p. 45).

9 Ello es un rasgo de toda la ontología de García Bacca. Cf.: *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*, cap. VI.

encuentra en la materia misma, en cuanto de base material tiene todo lo existente; esa materia es base de lo real y origen de determinadas direcciones en que lo real puede y debe transformarse. Semejante reivindicación toma cuerpo de modo paulatino en la obra de nuestro autor, y se hace cada vez más clara en sus últimos escritos ¹⁰. En cierto sentido puede hablarse de reduccionismo materialista en el pensamiento de García Bacca: solamente en cuanto se alcance y se conecte con la base material de lo real puede entenderse éste y puede iniciarse sobre él una actuación posible. Pero se trata de una reducción cuya finalidad consiste en potenciar cuanto de más positivo tiene la realidad.

Como ya advertimos, la base material de que García Bacca habla en sus últimos escritos es la *materia tal y como aparece descrita por la ciencia contemporánea* y, en especial, por la física cuántica ¹¹. Por ello, García Bacca no duda en aprovechar en su reflexión, los aspectos hasta hace poco insospechados de la estructura de la materia que descubre la ciencia contemporánea y que, en su opinión, no pueden quedar en los límites de un laboratorio o de un grupo de especialistas, sino que deben convertirse en estímulos para el pensamiento y la creación continuadas.

Pero en la conexión entre física y técnica contemporáneas y realidad material, se plantea un importante problema. Para García Bacca, materia y ciencia quedan unidas en una simbiosis de fecundidad extraordinaria: el progreso científico es también una progresión en el entendimiento y dominio aprovechado de la realidad material. En la base de esta relación se encuentra todo el problema del platonismo presente en la obra de García Bacca, que presenta matices especiales, alejados de toda discusión escolástica ¹². La relación entre ciencia y realidad material es posible en tanto en cuanto la realidad material tiene estructuras accesibles al conocimiento científico y posee una estructura matemática que puede ser descubierta y potenciada por el investigador. La materia tiene, ella misma, estructura matemática ¹³, y en tanto se descubra y transforme esa estructura, se descubren y transforman aspectos nuevos

10 Es muy interesante seguir el proceso de sustitución de categorías ontológicas en la obra de García Bacca, que van desde unas marcadas connotaciones existencialistas en sus comienzos, a la sustitución de las mismas por radicales categorías materialistas, apoyadas en la evolución de las ciencias físicas. Prueba de ello son las afirmaciones expresadas por nuestro autor en su «Autobiografía Intelectual» (*Boletín Anthropolos*, 9 (1982): pp. 4-10.

11 Lo que hace pensar en la perspectiva de una «epistemología naturalista», en el sentido que da a esta expresión W.O. Quine (Cf.: QUINE, W.O.: «Epistemology Naturalized», In: *Ontological Relativity and Other Essays*. New York: Columbia University Press, 1969).

12 Así puede entenderse la peculiar reivindicación de un idealismo que García Bacca realiza en *Transfinitud e inmortalidad*, pp. 94-95.

13 «Las fórmulas físico-matemáticas... son intrínsecas a lo real. No son ni accidentes reales ni mentales; son el entramado de lo real» (*Tres ejercicios de antropología*, p. 104).

de la realidad material. Sin esta relación verdaderamente intrínseca ¹⁴, no es posible entender la relación entre ciencia y materialidad; y no podrá comprenderse, como exige García Bacca, que el avance real de la ciencia sea un avance en el mismo nivel de materialidad y de conciencia de la materialidad fundamental ¹⁵. Solamente mediante el progreso de la ciencia y, en concreto de la física de tipo cuántico, y de sus aplicaciones técnicas, se muestra la realidad básica; y mediante ese progreso, se pueden alcanzar también niveles más profundos de conexión con la base material, con el fundamento ontológico de lo real. Veremos, más adelante, que esta conexión entre la ciencia y la materia supone nuevos niveles de conocimiento, formas progresivas de sujeto humano y una dirección de toda acción que García Bacca califica de dirección «transfinita».

Avanzar por el camino que propone nuestro autor equivale a esbozar una síntesis de las propiedades de la materia tal como las presenta la ciencia «actual» ¹⁶. Por ello, el materialismo que reivindica García Bacca es paralelo al avance mismo de la física contemporánea y de las demás ciencias que se encuentran en su nivel de desarrollo. No vamos a entrar aquí en esta descripción, que desborda los límites de un breve trabajo. Pero hay dos importantes características que la física cuántica concede a la estructura material básica y que García Bacca toma en consideración, concediéndoles una gran importancia: las leyes de conservación de la materia y la indeterminación temporal propia de toda realidad material ¹⁷. Se trata de dos características de la materia, analizadas con rigor en la física actual, que son también rasgos centrales para toda discusión de la inmortalidad. Pues son rasgos de inmortalidad la conservación total de una estructura y su indiferencia al devenir temporal. Pensar en inmortalidad equivale a pensar en la conservación intemporal de un determinado objeto, cuerpo, situación, afecto, etc. Ya podemos ver en ello un decisivo grado de conexión entre el radical y peligroso pensamiento de la material y el pensamiento también radical, peligroso —tantas veces adjetivado como pensamiento de ficción— de la inmortalidad. No entraremos en las connotaciones que la física atribuye a las leyes de conservación, con sus referencias a la entropía y a los cálculos topológicos, o a las leyes de indeterminación temporal. Baste con retener que, para García Bacca, todo planteamiento de inmor-

14 Entiéndase por «relación intrínseca» un rasgo propio de lógica dialéctica, estudiado por García Bacca en diferentes momentos de su obra. CF: *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*, pp. 449-469.

15 Conviene recordar aquí la interpretación radical que García Bacca realiza del proyecto trascendental kantiano en sus *Lecciones de Historia de la Filosofía. II* (Caracas, 1973). También: *Tres ejercicios de antropología*, pp. 113 ss.

16 El calificativo «actual», muy empleado por García Bacca, debe unirse a su concepción de «contemporaneidad» que supone una comunidad con los inventos y progresos de una época y se diferencia de la mera «coetaneidad» meramente cronológica.

17 *Tres ejercicios de antropología*: pp. 132-134, 206.

talidad debe radicarse en el mismo ámbito en el que la inmortalidad se da con «realidad de verdad»: en la misma material.

Sin embargo, resultaría ingenuo mantener el nivel de inmortalidad en el nivel de la materia, sin atender al sujeto humano que la aborda, que descubre sus aspectos y que la modula continuamente inventando para ella nuevos modos de ser y diferentes estados. García Bacca es consciente de ello: para él, el pensamiento de la inmortalidad debe estar unido a su pensamiento —también radical— sobre el ser humano. Toda la teoría del sujeto de García Bacca, que es tan cuidadosa y crítica respecto a vagos científicismos o espejismos alienantes de cientificidad, será un intento de pensar cómo el sujeto humano puede llegar a ser inmortal y tener la conciencia de su propia inmortalidad; una posibilidad que se convierte en realidad en tanto el sujeto humano tiene una base material de la que no puede desprenderse.

Por ello, García Bacca abordará como objeto de su reflexión el análisis de lo que, según una larga tradición occidental, obliga a considerar al hombre como mortal y, más aún, como condenado esencialmente a la mortalidad¹⁸: el pensamiento del cuerpo. Será el mismo cuerpo humano el que se convierta en base de inmortalidad. Con la finalidad de recuperar la importancia de la base corporal, García Bacca realiza una distinción importante: una distinción acorde con otras distinciones semejantes a lo largo de su obra, y que tiene como base la distinción entre «realidad» y «realidad de verdad», para expresarlo con sus propios términos. Nuestro autor piensa que es necesario distinguir dos estructuras diferentes en la base corporal de un individuo: su «cuerpo» y su «soma»¹⁹. El «cuerpo» es equivalente a la realidad más débil, a la realidad macroscópica, que hace las veces de verdadera realidad; sin embargo, el «cuerpo» es un «sumidero de energías»²⁰, que le harán desembocar en su misma base, en aquello que le constituye como realidad. Por el contrario, el «soma» es la realidad de verdad del «cuerpo», su mismo fundamento y lo que permite al «cuerpo» cierta independencia; equivalente al nivel microscópico, parece más oculto y difícil de abordar que el cuerpo, aunque es más real que él. El «soma» es la materia misma en cuanto mostrada y analizada por la física cuántica; para el «soma» rigen las leyes de conservación y de indeterminación temporal; por el «soma», cada «cuerpo» queda unido a la estructura básica de toda realidad y se integra en la base misma del universo.

Ordinariamente, la reflexión habitual se detiene en el «cuerpo» y los límites que plantea. Es evidente que el «cuerpo» muere. Sin embargo, la muerte del «cuerpo» no supone más que un cambio de estado: supone el tránsito a la

18 Nuestro autor distingue entre diferentes niveles de encierro o limitación, que se pueden traducir al sentimiento de la mortalidad. Cf.: *transfinitud e inmortalidad*, p. 15.

19 *Tres ejercicios de antropología*, pp. 207ss.; *Transfinitud e inmortalidad*, pp. 45ss, 51-55.

20 *Tres ejercicios de antropología*, p. 209.

realidad constitutiva de todo «cuerpo»: el «soma», la comunidad de materia que sigue las leyes de inmortalidad descritas por la física cuántica. El «soma» es verdaderamente cósmico y tiene, él mismo, dimensiones cósmicas. Así, el «cuerpo» tiene como finalidad propia la de integrarse en el «soma» y su «realidad de verdad» es la de ser cósmico²¹, aunque para ello sea necesario abandonar el estado de «cuerpo» para acceder al estado de «soma». En este tránsito estriba la paradoja que debe pensarse con altivez: será necesaria la muerte al «cuerpo» para vivir la vida en «soma». Una vida ya inmortal, de tipo cósmico, que parece anticipar la ciencia y la técnica actuales, y que exige la construcción de un sujeto a tono con el «soma» y no encerrado en los límites del «cuerpo».

Mediante la distinción entre «soma» y «cuerpo», García Bacca ha concretado con precisión uno de los grandes retos de un pensamiento materialista que no ha de entenderse únicamente como tarea de científicos especialistas, sino que tiene una incidencia directa en la vida cotidiana. Más aún, nuestro autor pretende que se hagan realidad cotidiana los aspectos propios de la técnica de nuestro tiempo que revelan con claridad el estado de «soma»; aspectos ante los que se retrocede con miedo y no quedan nunca integrados en una consideración antropológica. Parece evidente, con todo, que la reducción materialista que García Bacca realiza mediante su apelación al «soma», y el consecuente planteamiento de la inmortalidad en ese nivel, tiene, por el momento, el rango de sugerencia y de proyecto. Para que el proyecto resulte completo falta la realización de un nuevo concepto de sujeto humano, sin cuya realización muy poco de la obra de nuestro autor puede entenderse o, lo que es peor, se ve sometida a peligrosos malentendidos. La construcción de un sujeto que eleve a conciencia su propio «soma», a partir de su cuerpo, representa una tarea ardua, que tiene su lugar en un amplio desarrollo histórico²². Una tarea comprometida que construye nuevos niveles de realidad, etapas de conocimiento y configuraciones precisas del sujeto humano. Pero es, al mismo tiempo, una tarea que tiene sentido en cuanto se comprende que la fuerza que dirige esa evolución y da sentido a la misma es una fuerza propia del hombre; una fuerza que define al hombre como tal y que solamente puede ser «soportada» y puesta de relieve por el hombre: la transfinitud. Precisamente porque el hombre está atravesado de transfinitud, porque es un verdadero «animal transfinito», puede cumplir el proceso de todo materialismo y alcanzar cuanto de cósmico y material lo constiuye. Estudiar, pues, la ley de transfinitud, equivale a estudiar el nivel desde el que es posible unir materialismo e inmortalidad.

21 He analizado este aspecto: «Notas para una teoría del cuerpo en García Bacca» en: *Enrhonar* (Univ. Autónoma de Barcelona), 10 (1984): pp. 95-109.

22 *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*, pp. 401-409; asimismo: *Tres ejercicios de antropología*, pp. 264ss.

2. LA «DIRECCIÓN TRANSFINITA» HACIA LA MATERIA

El concepto de «transfinitud» es un concepto central en el pensamiento de García Bacca, cuya importancia se ve acentuada en sus últimos escritos, que refuerzan la importancia del concepto y amplían sus ámbitos de aplicación. No insistiré ahora en los rasgos esenciales del concepto, que he analizado en otro estudio²³. Me interesa ahora analizar cómo el concepto de transfinitud se aplica al problema de la relación entre materialismo e inmortalidad: cómo es este concepto el que hace posible que ambos términos se identifiquen realmente.

El pensamiento de la «transfinitud» se encuentra unido al pensamiento de la «dirección» de un movimiento o proceso. Hasta tal punto que será en el ámbito de la «*dirección transfinita*» donde se resuelvan características, especialmente importantes, del concepto de «transfinito». García Bacca es particularmente sensible a la importancia que la ciencia contemporánea otorga al concepto de «dirección» y a los «componentes direccionales» frente a los componentes de masa propios de toda realidad material. Una perspectiva semejante equivale a resaltar la importancia del componente «vectorial» frente al componente «escalar» de toda realidad: una distinción que ha aprovechado consecuentemente la ciencia contemporánea, hasta llegar a resultados fundamentales²⁴. El concepto de «dirección» supone considerar lo real desde el dinamismo que le constituye.

El análisis de la «dirección» y el posible dominio de la misma tiene consecuencias de difícil previsión cuando se traducen en el campo de la acción humana. En un planteamiento direccional, no se tratará de abordar determinados actos desde su contenido, sino desde el dinamismo que los impulsa. El análisis de la «dirección» es el único análisis posible y verdaderamente efectivo de la acción. La cibernética contemporánea es una muestra de la importancia de este modo de análisis: toma en consideración los componentes vectoriales y direccionales de todo proceso, actuando sobre ellos de modo recursivo.

Ahora bien, si el concepto de dirección se revela como un elemento de gran potencia en todo análisis de la realidad y de la acción —obsérvese que es estudio de la realidad dinámica, al tiempo que dinamiza el estudio mismo de lo real—, su potencia se ve acrecentada cuando queda enriquecido con el concepto de transfinitud. Una «dirección transfinita» será siempre una dirección que no se detiene ante ningún límite considerado como definitivo y que únicamente supone límites para superarlos en un proceso sin término. Se trata de una dirección que tiene como verdad la de no detenerse nunca, la de no aceptar límite alguno y la de precisar la finitud para superarla continuamente.

23 *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*, pp. 248-258.

24 *Transfinitud e inmortalidad*, pp. 76-86.

Toda dirección transfinita será equivalente a una verdadera explosión continuada, que no acepta límite alguno como definitivo.

García Bacca es muy consciente de la importancia de la transfinitud, como acabamos de indicar. Pero al unirla al concepto de «dirección» y darle una base material y física, reivindica para la transfinitud una importancia decisiva en el conjunto de su pensamiento. Será precisamente en una de sus últimas obras publicadas donde nuestro autor ofrece una reflexión complementaria sobre la transfinitud, que aporta los rasgos esenciales del concepto mismo de «dirección transfinita». Como preámbulo general a su descripción pormenorizada de lo que sea la «dirección transfinita», plantea dos rasgos importantes que caracterizan nuestra situación contemporánea: a) la serie de los diferentes inventos humanos sigue un crecimiento de tipo exponencial desde el inicio de la historia a nuestros días, tanto en el número de las invenciones, como en la rapidez de su aplicación y utilización técnica; b) estamos enfrentados a una disminución, también de carácter exponencial, del «tamaño» del universo ante el crecimiento cualitativo de la potencia de las comunicaciones en nuestra presente situación histórica. Ambas son dos realidades concretas, fruto de una determinada forma de evolución, que deben afectar a una reflexión que intente adecuarse a semejantes crecimientos exponenciales y a tales transformaciones cualitativas. Lo importante es que, en opinión de nuestro autor, ambos son, a la vez, ejemplos y resultados de «dirección transfinita», de realización humana con «dirección transfinita».

En este contexto, García Bacca define los *rasgos esenciales* o «*categoriales*» de la transfinitud como *dirección*²⁴. Así, toda dirección transfinita: 1) un movimiento de tipo acelerado, que privilegia la aceleración exponencial frente a toda masa inercial, y es el reino mismo de la «aceleración»; 2) es un movimiento que tiene una racionalidad de tipo retrospectivo, no previsible y dominada por la probabilidad; racionalidad que solamente puede analizarse desde lo ya realizado y que hace justicia al carácter cualitativo y ontológico de todo invento, que elimina cualquier tipo de previsión; 3) es un movimiento de carácter «transustanciador»²⁵, que transforma radicalmente, sin llegar a destruirla, una realidad; 4) es un movimiento esencialmente discontinuo, que exige una lógica de la discontinuidad; 3) es un movimiento «radio-ontológico», que considera a los inventos como verdaderas «radiaciones» de ese material concreto que es el hombre en cuanto transfinito, y que exige la formulación de una «radio-ontología» y «radio-antropología», que aplique categorías de la física de radiaciones a la estructura ontológica y antropológica; un programa que está siendo realizado por la ciencia y la técnica contemporáneas.

25 Para un análisis del concepto de «transustanciación»: *El proyecto filosófico de J.D. Bacca*, pp. 215-224.

Todos los rasgos propios de la transfinitud como dirección suponen, en resumen: la exigencia de situarse en una perspectiva dinámica, esencialmente vectorial, frente a una perspectiva de masa, meramente escalar; la elaboración de una racionalidad probabilística y de un nuevo concepto de predicción; la exigencia de un pensamiento de la transustanciación; la elaboración de una lógica de la discontinuidad y de la novedad radical; y la reivindicación de una «lógica de la radiación», que identifique la materia base con sus sucesivos niveles de radiación». Todos ellos son elementos que parecen condensar, de modo ejemplar, rasgos fundamentales del proyecto mismo de García Bacca y encierran aspectos esenciales que en anteriores obras suyas quedan apuntados. Con su expresión explícita, García Bacca ha elaborado un ámbito de referencias que parecen constituirse en invitaciones a un trabajo posterior.

La transfinitud como dirección será la fuerza que impulse a un verdadero descubrimiento de la realidad material, que sea, a la vez, eficaz y efectivo. Será la misma fuerza que exigirá realizar la unidad entre materialismo e inmortalidad: unidad planteada por la pertenencia a una misma realidad cósmica que muestra, precisamente por ser cósmica, niveles hasta ahora increíbles y casi ficticios de libertad y potencia creativa. Sin embargo, la dirección transfinita sólo puede ser pensada y vivida desde un sentimiento de negatividad y dolor que García Bacca no duda en denominar, con resonancias existenciales, «angustia». Es el sentimiento de angustia sentida ante determinados «encierros» y definiciones, que sólo se supera mediante la superación de los mismos. Por ello, entender la transfinitud como dirección equivale a entender los sentimientos que la han engendrado y que suponen una serie de sentimientos de angustia. Advirtamos también que los diferentes tipos de angustia suponen también diferentes tipos de sujeto humano, distintas etapas de evolución histórica y conceptual y, en definitiva, diferentes etapas en la relación que iguala materialismo e inmortalidad. Recordemos, brevemente, los tipos fundamentales de «angustia» que García Bacca sitúa como preámbulo a todo tipo de transfinitud, sin olvidar en ningún momento que en cada uno de esos momentos se vive de modo diferente la relación entre materialismo e inmortalidad.

Son seis los diferentes tipos de «angustia» que nuestro autor distingue ante los diferentes tipos de límite que se siente como un «encierro»²⁶: 1) angustia psicofísica, ocasionada ante el encierro que suponen los sentidos y la vida humana natural, filogenética; 2) «angustia psicológica»: la sentida ante todo tipo de axiomática y dogmática, es la angustia que se siente no ante el cuerpo y los sentidos naturales, sino ante el conocimiento meramente natural, modelado según los ejemplos clásicos de la geometría y de la aritmética naturales; 3) «angustia física»: la sentida ante el encierro que supone la dependen-

26 *Transfinitud e inmortalidad*, pp. 62-69.

cia de los instrumentos creados por el hombre para respetar la realidad natural y que convierten al hombre en su propio esclavo, al no ayudarlo a superar los límites naturales: es la angustia propia de un hombre alienado en sus propias creaciones; 4) «angustia lógica»: la sentida por el hombre ante límites impuestos por toda lógica y lenguaje natural, que sólo logrará romper mediante la creación de lenguajes de tipo universal, que transustancien los lenguajes naturales; 5) «angustia ontológica»: la originada al sentirse siendo finito en un infinito de tipo uniforme y estático: es el sentimiento de radical soledad, ya apuntado con claridad en autores como Hegel y Heidegger, un límite con cuya superación empieza a desdefinirse el hombre y a sentirse ya infinito; 6) «angustia metafísica»: es el nivel más radical de angustia, ocasionada cuando el hombre se siente finito en un infinito de tipo dinámico dominado por la aceleración, la discontinuidad, la novedad, la creación.

La denominada «angustia metafísica» es el preámbulo de la consideración de la realidad material como una verdadera infinidad dinámica y, por ello, el preámbulo a un pensamiento que identifique materialismo e inmortalidad. En este nivel se cumplen ejemplarmente los rasgos categoriales de la transfinitud. En él el hombre se encuentra dominado por diferentes direcciones y se siente finito ante el dinamismo radical de novedades, creaciones, discontinuidades y continuas transustanciaciones. Inventar un modo de salir de tal encierro equivale a inventar un nuevo «cuerpo» nuevos instrumentos, nueva lógica y, al mismo tiempo, descubrir el único ámbito en que puede cumplirse la ontología: el nivel de la realidad material. La superación de la «angustia metafísica» será el punto de partida para una nueva consideración del sujeto humano: el sujeto que pueda afrontar, sin angustia limitante, el mirar de frente su propia estructura transfinitiva, verdaderamente «radioactiva» y «explosiva». Este será el sujeto humano que vivirá la materia como garantía de inmortalidad y el que cumpla en sí mismo la más severa disciplina ontológica: la que muestra la materia como una infinita estructura dinámica, que cumple en sí misma los rasgos de la inmortalidad.

3. SUJETO HUMANO E INMORTALIDAD CÓSMICA

En la teoría antropológica de García Bacca encuentra corrección toda crítica que considere su pensamiento como optimismo científico o tecnológico de carácter ingenuo. En realidad, nuestro autor se encuentra obsesionado —obsesión que se hace más radical en sus últimos escritos por la tarea de diseñar un sujeto humano que sea realmente universal, que pueda soportar el pensamiento y la realidad de la transfinitud y que se recupere de toda alienación.

No podemos repetir aquí los rasgos fundamentales de la antropología de García Bacca, ya analizada en otro ensayo ²⁷; nos limitaremos a analizar algunas de las aportaciones presentes en sus más recientes reflexiones. En ellos, nuestro autor establece una distinción entre tres tipos de sujeto humano, que se encuentran en gradación de transfinitud y, por tanto, soportan también un gradación en la relación entre materialismo e inmortalidad. Se trata de estados que García Bacca designa metafóricamente como: hombre en cuanto «altavoz», «prisma» y «espoleta» del universo y de sí mismo. Solamente el hombre en estado de «espoleta» será capaz de soportar la transfinitud, de encarnar la angustia metafísica y de vivir plenamente su realidad de verdad, su «soma».

Revisemos estas figuras o «estados» ²⁸ del sujeto humano, que suponen un ascenso en el nivel de transfinitud y un determinado tipo de actividad, que García Bacca no duda en denominar «técnica»: 1) *Hombre considerado como «altavoz» del universo y de sí mismo*. En esta etapa del sujeto, el hombre se limita a mostrar el nivel de la realidad meramente natural, el nivel de lo macroscópico. Es, todavía, un sujeto particular, creador de una técnica «fenomenológica» ²⁹, respetuosa con la estructura macroscópica del universo y que se reconoce como sujeto encerrado en los límites naturales. Al tiempo que mantiene la realidad natural del universo, mantiene también su propia realidad natural como sujeto. Es, pues, un «altavoz», sin voz propia, que muestra la realidad macroscópica y la exhibe, sin introducir cambio alguno en ella. 2) *Hombre como «prisma» del universo y de sí mismo*. En este estadio, el hombre introduce ya cierta modificación en la realidad natural macroscópica: se trata de una transformación que, aun siendo muy importante, no es todavía transformación radical ni mucho menos transustanciación. Todo prisma divide y descompone lo que se encuentra previamente confundido o es confuso; un prisma verdadero es, en traducción ontológica, un dispositivo que «descompone lo real en realidades diferentes, sin llegar a transformar radicalmente lo real mismo» ³⁰. El hombre que se encuentra en esta etapa cumple metafóricamente estas funciones de prisma: es la etapa que se inicia en la época moderna; en ella, el sujeto desarrolla una técnica que todavía sigue siendo fenomenológica y respetuosa con lo natural, pero ya atente activamente contra los límites naturales iniciando su descomposición, y supone un intento de transformación, en cuanto el hombre intenta ordenar lo que él mismo ha descompuesto. Sin embargo, todavía no ha aparecido más transformación que la de separar lo que aparece confundido y, por ello mismo, impide la acción y el

27 Cf. *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*, cap. VII.

28 Para una precisión del concepto de «estado» en antropología, ver: *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*, pp. 369-385.

29 *Tres ejercicios de antropología*, pp. 122-123.

30 *Ibid*, p. 88.

avance de un proceso dinámico con dirección transfinita. 3) *Hombre como «espoleta» de sí mismo y del universo*. En esta etapa, a la que se asciende mediante dirección transfinita, se realiza una verdadera técnica transformadora, y se da plena conciencia de la «angustia metafísica». El hombre vivirá, en este estado, el nivel microscópico con plena conciencia; para ello ha sido necesario el afianzamiento inicial en lo macroscópico y la separación entre lo macroscópico y lo microscópico. Esta etapa es la «verdad» de las otras dos anteriores, y en ella se constituye un sujeto humano verdaderamente universal y creador. Al mismo tiempo, será el estado en que el hombre pueda ser verdaderamente materialista y, por ello, soportar el pensamiento de la inmortalidad como algo real y no solamente soñado o prometido. Tras dominar los niveles macroscópicos que constituyen su propio cuerpo y franquear los límites naturales de sus sentidos, el hombre «desciende» al nivel atómico que lo constituye como realidad material y puede vivir plenamente el sometimiento consciente a la ley de gravitación universal y a la vida consciente en campo cósmico; y, lo que es más importante, vivir también con plena conciencia y responsabilidad consiguiente su propia constitución material como sometida a las leyes propias de las ondas de gravitación y de la duración de lo real, propias de los niveles microscópicos. Con ello se encuentra situado en un terreno absolutamente dinámico, donde se privilegia la indiferencia respecto al tiempo pasado, presente o futuro, y donde se matiene lo real como duración. Advirtamos que sólo puede llegarse a este estadio tras un proceso de progresiva superación de finitud, hasta lograr soportar el dinamismo de la pura radiación y de la pura explosión. En este máximo nivel del sujeto humano radican los mayores índices de creatividad, pues en él todo límite o umbral es lo suficientemente elástico para permitir cualquier tipo de explosión. Será la técnica, ejecutada por un nuevo sujeto social, la que se encargue de mostrar que semejante estado es posible, como lo muestra ya nuestra técnica contemporánea.

Solamente considerando la evolución que ha llevado a la constitución del hombre como «espoleta» —que no supone sino el cumplimiento radical de los rasgos de la dirección transfinita, puede llegarse a entender la estructura de la materia como fundamento ontológico. Y en este nivel de puro dinamismo, creación exponencial de sí mismo y de la realidad material, es donde puede también vivirse, con plenitud, la inmortalidad tantas veces considerada sólo como promesa, creencia o ficción. Es un proceso que arrastra tras de sí etapas históricas con el significado de una verdadera odisea ontológica y antropológica, cuyo resultado estamos ya viviendo, aun cuando sea de un modo parcial, en nuestros días.

El sujeto que ha protagonizado en sí mismo la transfinitud como dirección, se encuentra en condiciones de acceder al fundamento ontológico de lo real, que equivale a la estructura de la materia tal como la describe la física cuántica. Con ello cerramos el ciclo abierto en la primera sección de este

artículo. El individuo que ha llegado a transfinitarse es también el individuo capaz de asumir su unidad con la realidad material, de ser consecuentemente materialista. Y en ello estriba la única y real posibilidad de acceder a la inmortalidad; de sentirse, a la vez, inmortal, transfinito, puramente dinámico y creativo.

Plantear el nivel de la inmortalidad equivale a vivir como propio el fundamento ontológico de todo lo real. La transfinitud entendida como dirección lleva a la unificación con la realidad material y a alcanzar esos componentes propios de inmortalidad que son la conservación de los estados materiales en su conjunto y la indiferencia ante la sucesión temporal.

Para conseguir ese nivel, el individuo debe *atentar contra su propia realidad de tipo natural, que es su «cuerpo» natural, macroscópico, y acceder al «soma», cuerpo cósmico*, que vive en él y por el que él mismo vive. De este modo, acceder al nivel de la materia y de la inmortalidad supone, previamente, haber muerto al cuerpo natural, haberlo transfinitado y transustanciado, para que pueda accederse al cuerpo cósmico. La necesidad dialéctica de la muerte al cuerpo natural será puerta abierta, paradójicamente, a la inmortalidad y al reconocimiento de que somos materia, estamos sujetos a sus leyes y solamente en ella podremos alcanzar la realidad de verdad que nos constituye.

Únicamente mediante la comunidad con el «soma» —transustanciación del cuerpo natural—, se inicia la posibilidad de un nuevo cómputo cronológico que incluya edades naturales y edades cósmicas³¹, y se permita al individuo entrar a formar parte de una verdadera «edad ontológica» —caracterizada por el nivel de creación e innovación continuadas³². Una edad ontológica en la que los sucesivos inventos y transustanciaciones ontológicas son consideradas como verdaderas radiaciones, como formas de un peculiar movimiento que encuentran su raíz en la estructura misma de la materia. Solamente así puede entenderse el carácter radical de la creatividad humana, que es tal por asemejarse a la misma creatividad de la realidad material básica. Con la pertenencia al universo cósmico se entra en el terreno del dinamismo absoluto, dominado por la transfinitud y la transustanciación, que caracteriza los más elevados niveles de realidad y de sujeto humano³³.

Al vivir la vida del «soma», tras la muerte o transfinitación del cuerpo natural, puede llegar a construirse un verdadero sujeto, que es individuo nuevo que será, al mismo tiempo, individual y universal, individual y cósmico. La única posibilidad de vivir la unidad entre lo universal y lo individual, de sen-

31 Cf.: *Transfinitud e inmortalidad*, pp. 55-60.

32 *Tres ejercicios de antropología*, 245ss.

33 *Transfinitud e inmortalidad*, pp. 85ss.

tirse a sí mismo realmente cósmico será la posibilidad abierta por la vida en «soma»: en ello estriba el llegar a ser realmente un microcosmos con fuerza radical que anula toda comparación o débil metáfora ³⁴.

Parece evidente que todos los rasgos mencionados exigen una nueva dirección de pensamiento y de actividad que cumplan lo que aquí aparece como apuntado. Una meta que solamente puede alcanzarse mediante una verdadera conquista social que tiene sus etapas históricas ³⁵ de transustanciación de todo lo natural. Se trata de un proceso de transformaciones radicales con dirección transfinita, que apunta a la obtención de un nuevo cuerpo y de unos nuevos sentidos, de un nuevo concepto de sujeto que sea, al unísono, individual y social, y a la elaboración de una ontología nueva que reconozca el valor del invento y de la radical creatividad ³⁶.

Hemos cerrado el ciclo que describíamos al comienzo de este artículo. La realidad material, tal como es analizada por la física cuántica contemporánea, es la única realidad de verdad, punto de partida y de llegada de toda transformación, a la que tiene acceso el hombre por estar hecho de ella, en cuanto se encuentra constituido por «soma», material y cósmico, y no solamente de «cuerpo» natural. El camino que lleva hacia el reconocimiento de esa realidad es un largo camino orientado por una dirección de transfinitud que supone dinamismo, ruptura de todo límite finito y consecuentes niveles de angustia. Un sujeto nuevo, originado a lo largo de un proceso histórico que incluye etapas de ontología, antropología y teoría del conocimiento, será el único sujeto capaz de afrontar su unidad radical con la realidad material: es el sujeto que se considere a sí mismo creador, que viva la discontinuidad de la creatividad real y se asiente en la estructura dinámica estructurada según campos y radiaciones. Este será el sujeto capaz de soportar el pensamiento de la inmortalidad y de hacerlo realidad. Será ya un sujeto social, totalmente recuperado para sí mismo, que se da un nuevo cuerpo mediante técnica ³⁷ y que no puede sucumbir al fetichismo de una ciencia o actividad alienante. Este será el individuo que vivirá plenamente su «soma», cuyo cuerpo, sentidos y razón serán realmente cósmicos y poseerá la libertad de elaborar para sí nuevos cuerpos, nuevos sentidos y nuevas formas de razón, al participar de lo que le constituye como tal: del dinamismo creativo de la realidad material.

* * *

34 *Infinito, Transfinito, Finito*, pp. 143-150; *Transfinitud e Inmortalidad*, pp. 87-93.

35 *Tres ejercicios de antropología*, p. 264.

36 *Transfinitud e inmortalidad*, pp. 99-100. Cf. *El proyecto filosófico de J.D. García Bacca*, pp. 301-321.

37 *Tres ejercicios de antropología*, 147.

Terminemos el artículo con dos observaciones adicionales. García Bacca ilumina su concepción de la inmortalidad y del nuevo sujeto que puede soportarla mediante el recurso a la obra de algunos músicos y poetas. No puede pasar inadvertida esta referencia. Porque ella quiere traer a la consideración de quien la quiera entender el valor radical de la ficción y de la anticipación que solamente algunos creadores han sabido expresar. Quizás la propia teoría de García Bacca sea también una gran ficción. Pero se encontrará atravesada por el propio valor de toda ficción: el de situarnos en el terreno de un pensamiento peligroso, que transforma todo tipo de seguridad. Como ocurre con las grandes ficciones poéticas y artísticas: gran parte de su valor estriba en la urgencia que ejercen para que lleguemos a pensar de un modo radicalmente distinto a aquel en que solemos pensar.

Al mismo tiempo, no podemos dejar de pensar que el tono de muchas de las afirmaciones realizadas por García Bacca obligan a pensar en el viejo ideal helénico del «filósofo rey»: ese ideal, construido de orgullo y soledad, que se encuentra en la base de los mejores momentos de la historia del pensamiento occidental. El nuevo sujeto que García Bacca se esfuerza en diseñar, aquel que vive su base material y soporta el pensamiento de la inmortalidad se asemeja a esa figura ideal de la autarquía total. Una figura que se encuentra enriquecida por la transfinitud, la creación y la exigencia del continuado avance dinámico para poder ser tal. Es como si García Bacca estuviera obsesionado por traducir en realidad el ideal del viejo filósofo autárquico, solitario y orgulloso y hacerlo posible en nuestro tiempo. Un filósofo que será «rey» porque puede hacer real la ficción de poetas y artistas; porque puede considerarse inmortal tras haber «muerto» a su mente y a su cuerpo naturales; porque él mismo será ya todo el universo con plenitud de poder para crearse a sí mismo y crear el universo mismo sin detenerse nunca en verdadera orgía de continuados inventos peligrosos y radicales.

IGNACIO IZUZQUIZA
Universidad de Zaragoza